

GUÍAS DE PROFESORADO

GUÍA BÁSICA PARA DOCENCIA E INVESTIGACIÓN EN PREHISTORIA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

Deconstruir la prehistoria es el mejor vehículo para entender el presente y construir un futuro mejor.

AUTORÍA

Raquel Liceras Garrido



REVISIÓN DEL CONTENIDO

Alba Comino Comino y
Almudena Hernando Gonzalo

CÁTEDRA EXTRAORDINARIA
VALORES DEMOCRÁTICOS
Y GÉNERO



Instituto
Mujeres



Instituto de
las Mujeres



instifem[®]

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita: Instituto de las Mujeres

Subdirección General de Estudios y Cooperación

Secretaría de Estado de Igualdad y para la

Eradicación de la Violencia contra las Mujeres

Autoría: Raquel Liceras Garrido

enIPO: 050-25-049-X

El Instituto de las Mujeres no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta guía.

¿QUÉ ES LA PREHISTORIA?

Es el periodo más largo de la historia de la humanidad, en el que los seres humanos nos convertimos en lo que somos. Abarca desde la fabricación de las primeras herramientas de piedra, documentadas en Gona (Etiopia) hace 2,6 millones de años, hasta la aparición de la escritura, cuya fecha varía dependiendo de los territorios. Así, su origen es fijo, pero su final no lo es.

Las sociedades prehistóricas se caracterizan por ser orales, es decir, comunidades tan complejas como la nuestra, pero que transmiten su conocimiento, cultura, historia, valores y tradiciones mediante la palabra hablada, no el texto escrito.

¿Aún existen sociedades orales? Sí, pero se evita llamarlas “prehistóricas” porque dicho adjetivo tiene una connotación negativa, ya que supone asumir que son de una etapa anterior a la historia. Por ello, cuando se aplica a sociedades actuales, se da a entender que son atrasadas, retardatarias o inferiores. De hecho, piensa cuando usas el adjetivo “prehistórico”. Además, este término ha sido utilizado por el colonialismo para justificar la apropiación de tierras y bienes, el extractivismo de recursos e, incluso, genocidios alrededor del mundo.

¿CÓMO HEMOS CONSTRUIDO LA PREHISTORIA?

Al carecer de escritos, en un primer momento se utilizaron deducciones, más o menos interesadas, que se transformaron en clichés carentes de base científica. Estos tópicos han afectado especialmente a las mujeres, ocultándolas y caricaturizándolas a través de estereotipos actuales.

El estudio de la prehistoria hunde sus raíces en el siglo XIX. Como sucede en otras disciplinas, los primeros arqueólogos fueron hombres de élites económicas e intelectuales, cuyos intereses se enfocaron en las transformaciones tecnológicas, políticas,

económicas e ideológicas. Por ello, buscaron antepasados (masculinos) como referentes identitarios, reivindicaron territorios o crearon las genealogías para los nacientes estados-nación.

A partir de los artefactos, cuerpos y representaciones prehistóricas, se creó un relato que sirvió para reflejar, fortalecer y perpetuar las desigualdades propias de las sociedades del siglo XIX, erigidas sobre unas bases androcéntricas. Es decir, el hombre era tomado como norma y medida de todo, mientras la mujer era considerada como un ser pasivo, sin importancia ni protagonismo en la transformación histórica.

No será hasta la década de 1970, cuando estos cimientos comiencen a tambalearse cuestionados por el inicio de la arqueología feminista. Una disciplina que reivindica una prehistoria con perspectiva de género, en la que las mujeres tengan acceso a las esferas donde se construye el discurso histórico y que promueve el análisis científico del pasado, de sus narrativas y estereotipos. Contempla que tanto las actividades y contribuciones de hombres como las de las mujeres han aportado al proceso histórico.

DIEZ ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LA PREHISTORIA Y POR QUÉ EVITARLOS

1. Sexo y género son lo mismo

Aunque nos puedan sonar parecido, el sexo y el género son conceptos diferentes.

En los últimos años, el auge de las identidades LGTBIQ+ está introduciendo variaciones en el uso de estos conceptos, pero podemos decir que, en general, el sexo hace referencia a características biológicas como: el aspecto de los genitales, los cromosomas, las hormonas o la morfología del esqueleto. Mientras que el género es la interpretación cultural de las diferencias sexuales que da lugar a la categorización de individuos, cuerpos, objetos y espacios.

Cada sociedad tiene su sistema sexo-género, es decir, su propio marco conceptual para entender cómo las diferencias biológicas y las construcciones sociales de género interactúan y se organizan, construyendo diversas identidades, roles y distinciones de género. Las comunidades de la prehistoria no fueron una excepción, pero es necesario adecuar las interpretaciones a los datos científicos y no imponer nuestra visión desde el presente.

2. El patriarcado es lo natural: ergo, la prehistoria era patriarcal

El patriarcado es un discurso histórico fruto de procesos culturales y económicos que ha favorecido la dominación masculina de la vida pública y privada desde el Calcolítico. Esta narrativa ha situado a las mujeres como seres pasivos, sin agencia ni acción, movidos por la irracionalidad (piensa en Bachofen).

Desde el presente, hemos confundido estrategias claves de supervivencia, como la división de tareas entre mujeres y hombres, con la desigualdad social. Este reparto es frecuente en todas las sociedades, debido a las características de la crianza de los seres humanos. Tenemos criaturas frágiles y dependientes que necesitan constantes cuidados durante los primeros meses de vida. Hasta ahí... bien. El problema surge cuando asumimos dos ideas: 1. las tareas realizadas por las mujeres son social y económicamente menos valiosas que las desarrolladas por los hombres; y 2. esa diferenciación se traduce obligatoriamente en diferencias en el acceso al poder.

El patriarcado no es natural ni inevitable. Y mucho menos lo fue en la prehistoria, cuando las diferencias sociales eran menores, más flexibles y estaban menos institucionalizadas que en períodos históricos posteriores.

3. El hombre cazador VS la mujer recolectora

Ambos estereotipos están profundamente arraigados en nuestra comprensión de la prehistoria. Según estos, los hombres eran los primeros proveedores de la comunidad, consagrados casi ex-

clusivamente a la caza para alimentar a la comunidad, mientras que las mujeres se dedicaban a tareas de recolección y crianza.

En la versión tradicional, la caza se entendía como una actividad peligrosa y heroica, lo que reforzaba la idea de los hombres como protectores. Por el contrario, las mujeres se dedicaban a tareas más seguras, confinadas en torno al hogar y carentes de prestigio social. De este modo, se proyectaba una visión sesgada, rígida y limitada de las tareas que cada persona pudo desempeñar.

No obstante, estos estereotipos han sido rebatidos hace décadas. Existen evidencias de que la división de tareas no era tan estricta. Las mujeres también cazaban. Con diferentes técnicas e intensidad. Muchas veces acompañaban a los hombres, dependiendo de las presas. Y los hombres también recolectaban.

Pero... ¿realmente la caza era tan importante en la dieta de las comunidades prehistóricas?

El peso de la caza en la alimentación se ha sobredimensionado desde el presente, ya que no era la única ni la principal fuente de alimentos en la prehistoria. El debate caza-carroñeo continua en el corazón de la evolución humana. Mientras, la recolección de vegetales, carente de la épica de la caza, se torna crucial. En sociedades cazadoras-recolectoras modernas, la recolección supone el 70-80% de las calorías consumidas. En los sitios arqueológicos, es frecuente documentar semillas, frutos y raíces. Asimismo, los patrones de desgaste en dientes sugieren una dieta rica en vegetales, obtenidos de la recolección y, posteriormente, del cultivo.

De ello, podemos extraer tres conclusiones: 1. el consumo de plantas era una parte fundamental de la dieta, 2. la división tradicional del trabajo existió siempre, pero fue más flexible y variada de lo que hemos asumido, y 3. las mujeres desempeñaban un papel activo crucial en la obtención de alimentos.

4. Las mujeres de la prehistoria eran supermodelos

La sexualización de los cuerpos de las mujeres es una constante en la interpretación de la (pre)historia. Sus orígenes están en las primeras representaciones artísticas de personajes y escenas de la prehistoria que se realizaron en el siglo XIX, a partir de ideas preconcebidas y representaciones femeninas en esculturas, grabados y pinturas.

El mejor ejemplo de ello son las figuras femeninas del paleolítico superior denominadas “venus” desde el XIX. Estas figurillas han llegado a ser entendidas como objetos pornográficos y eróticos. Producidas por hombres para otros hombres. Perpetuando y reforzando así una visión actual, simple y estereotipada de los cuerpos de las mujeres.

La imagen de la mujer prehistórica como objeto sexual se fortaleció y difundió por las artes populares del siglo XX, como novelas (Los hijos de la tierra) o la pequeña y gran pantalla a través de dibujos animados (Los picapiedra), películas (Hace un millón de años, El planeta de los simios) e, incluso, documentales.

Este cuerpo universal de las mujeres, filtrado a través el deseo masculino y los valores de fecundidad, invisibiliza la diversidad de los cuerpos de las mujeres. Además, asume que tanto en la prehistoria como en la actualidad percibimos y codificamos la información de la misma manera. Y nada más lejos. La forma de entender el mundo, los cuerpos y sus cánones de belleza poco debieron parecerse a los vigentes en la sociedad occidental actual.

Hemos de prestar atención a los contextos, los usos, la intencionalidad, la deposición y un largo etcétera para no introducir distorsiones actualistas en las interpretaciones sobre la prehistoria.

5. La mujer como madre

La mujer como recipiente de la fertilidad es el segundo gran estereotipo de los cuerpos de las mujeres, idealizando su fecundidad e imponiéndola como normativa.

Este tópico se ha utilizado para reducir la autonomía, función, estatus y valor social de las mujeres, limitándolas a su capacidad biológica de procrear, especialmente de individuos varones. Al mismo tiempo, este estereotipo ha sido utilizado para educar a las mujeres contemporáneas sobre el papel modelólico que deben seguir.

Sin embargo, el tópico presenta una enorme contradicción. Por un lado, crea una visión romántica sobre la maternidad y su relevancia en la sociedad como elemento crucial de la reproducción biológica de la comunidad. Por otro, despoja de todo valor social a dicha actividad y a sus consecuencias biológicas y culturales, ya que apenas se otorga atención al estudio de temas como la gestación, el embarazo, el parto, la lactancia o la crianza.

El cliché no refleja la complejidad y diversidad de experiencias femeninas, a la par que ignora las múltiples dimensiones y situaciones de las mujeres como individuos completos, con aspiraciones, habilidades y roles distintos.

De hecho, las sociedades cazadoras-recolectoras actuales practican variados métodos anticonceptivos y abortivos, puesto que la abundancia de prole impediría la supervivencia de esos grupos nómadas. El aumento del número de descendencia no puede pensarse antes del neolítico, es decir, de la sedentarización asociada a la agricultura. Pero, de nuevo, si observamos sociedades campesinas actuales, la función reproductora y maternal siempre se compagina con intensos trabajos en el campo o con el ganado. Por ello, la idea de mujer limitada a su función maternal es la proyección de una imagen interesada desde el presente.

6. Las tareas de las mujeres no son relevantes ni especializadas

La prehistoria se construyó paralelamente a las transformaciones de la Revolución Industrial. Idealizando el cambio tecnológico y situando el “progreso prehistórico” en unas tecnologías

muy concretas: la piedra, la cerámica y los metales (recuerda a Thomsen y el Sistema de las Tres Edades). Además, se asumió que los artífices de dicha revolución fueron hombres.

Se asumió que el desarrollo de las actividades masculinas involucraba el manejo de tecnología compleja, conocimientos específicos y experiencia. Pero se despojó de dicha implicación a las actividades asociadas a las mujeres. Si no, piensa en la consideración simplista que hemos dado a las artesanías realizadas en el ámbito doméstico (e.g. cerámica a mano, textiles, etc.). Pero... prueba a hacerte una simple tortilla de patatas sin saber cocinar. O una camiseta. O mejor, el tejido de la camiseta.

Actualmente, estas labores son menos valoradas social, política y económicamente. Quizá por estar mayoritariamente desempeñadas por mujeres.

Así, hemos dejamos fuera de la Historia con mayúsculas tareas tan estructurales, cruciales y complejas como las actividades de mantenimiento, es decir, aquellas relacionadas con la preparación y consumo de alimentos, la salud, la higiene o la crianza. Esas actividades están casi universalmente realizadas por mujeres y son las que hacen sociedad. Sostienen y fomentan los vínculos comunes. Son una constante en la historia de la humanidad. Se hacían en el paleolítico y las hacemos hoy, ya que de otro modo no podríamos sobrevivir.

7. Lo importante en las sociedades prehistóricas es la economía y la subsistencia

Esta ha sido (y aún es en algunos círculos) la principal pregunta de investigación en prehistoria. Se argumenta que la ausencia de escritos imposibilita aproximarnos a las claves abstractas de la organización social, la política comunitaria o las creencias.

Está claro que cubrir las necesidades básicas (obtención

de alimentos, intercambios, gestión de recursos, construcción de estructuras e infraestructuras) es fundamental para la sociedad. Sin embargo, ... ¿es realmente lo más importante? ¿es lo que nos diferencia del resto de los animales? ¿lo que ha hecho que lleguemos a lo que somos hoy?

Es famosa la respuesta de la antropóloga Margaret Mead cuando, tras finalizar una conferencia, le preguntaron cuál fue el primer signo de civilización de la humanidad. Contra todo pronóstico, contestó: “un fémur fracturado y sanado”, en lugar de nombrar una innovación técnica material.

El éxito de las comunidades humanas, en la prehistoria y en la actualidad, depende de la capacidad de cuidar, aunque sistemáticamente la releguemos a un segundo plano y minimusvaloremos su importancia. Recordemos que la pandemia de COVID-19 puso sobre la mesa qué profesiones eran clave para nuestra supervivencia. Y fueron precisamente las dedicadas a la sanidad, la higiene, la alimentación y la comunicación (volvemos a las actividades de mantenimiento).

8. Las mujeres no eran creativas ni artistas

Hemos asumido por defecto que el genio creador ha sido siempre masculino. Buena parte de las grandes innovaciones de la prehistoria se han documentado en contextos domésticos, espacios asociados a las mujeres según la visión tradicional. Aunque generalmente no podamos asignarles un género a las creaciones, el imaginario del hombre proveedor ha dado por hecho que él fue el inventor independientemente del contexto.

Algo similar ha ocurrido con las creaciones artísticas de la prehistoria, ya sean pictóricas o escultóricas. Unas de las evidencias artísticas más discutidas ha sido el arte parietal ¿cómo podemos saber si lo realizaron mujeres u hombres? Recientes análisis de huellas dactilares y huellas de manos completas evidencian que las pinturas rupestres fueron realizadas por

toda la comunidad, incluyendo recién nacidos. Algo similar ocurre con las cerámicas con digitaciones, es decir, decoradas con huellas digitales impresas en la arcilla fresca. Estas permiten documentar la participación de las mujeres en su elaboración, así como los procesos de aprendizaje.

Por ello, no podemos asumir por defecto que las creaciones materiales o artísticas son obra de un solo género.

9. Si tiene armas es un guerrero

En arqueología se ha sublimado la figura del guerrero como el principal agente de la historia, a la par que perpetuado la idea de que la violencia es esencial para la complejidad social. Pronto se consideró el armamento como un marcador de género masculino. Al mismo tiempo, a las mujeres se les atribuyeron objetos relacionados con la belleza. Ellos muy guerreros y ellas muy guapas.

Gracias a la batería de análisis con la que actualmente contamos para identificar el sexo de las personas, observamos cómo la identificación automática de artefacto-género no funciona. Los hombres también se entierran con adornos y las mujeres con armas. No es que las mujeres necesiten armas para ser importantes, ya lo son, pero tradicionalmente se ha negado esa relación sin base científica.

Sin embargo, la relación de armas y mujeres debió obedecer a dos situaciones especiales:

1. Mujeres que no se identificaron con el género que su sociedad les atribuía. A lo largo de la historia ha habido mujeres excepcionales que se han disfrazado de hombres (seguro que recuerdas a Juana de Arco). Han sido guerreras, exploradoras o viajeras. Personas que no se ajustaban a la norma social.

2. Mujeres de las élites que tuvieron poder sobre sus subordinados y recurrieron a las claves del poder normativo, el masculino, para mostrar esa diferencia de

estatus. Piensa en la Dama de Baza, en las princesas celtibéricas o en el traje de chaqueta de Angela Merkel.

Por ello, ninguno de los casos es representativo del común de las mujeres. Entonces... ¿las mujeres no eran guerreras?

Parece que, en general, no. Pero eso no desmerece en absoluto las funciones que sí han realizado las mujeres mayoritariamente en la historia. Recuerda lo que hemos visto sobre la división de tareas y la necesidad vital de que los miembros del grupo sostuvieran sus vínculos y garantizaran la construcción de un sentimiento de comunidad.

Pues bien, esto que inicialmente lo hacían tanto hombres como mujeres (como se observa en las sociedades cazadoras-recolectoras modernas) fue quedando como responsabilidad de las mujeres a medida que los hombres se ocupaban, precisamente, del poder y la guerra.

Piensa que... pueden existir sociedades sin guerra, pero no sociedades sin vínculos. Esto quiere decir que lo que han hecho las mujeres ha sido esencial, aunque no se haya reconocido.

Por eso, podemos decir que, por supuesto, han existido algunas mujeres con poder, o cazadoras, o guerreras, pero eso no les da más valor que a aquellas que se han ocupado tradicionalmente de cuidar al grupo, que han sido la inmensa mayoría.

Si sólo damos importancia a las actividades que han caracterizado tradicionalmente a los hombres, ayudamos a reproducir el régimen de verdad patriarcal. Es decir, un sistema de poder que prima valores de la individualidad (poder, agencia, distancia emocional, tecnología, cambio, progreso) y oculta la imprescindibilidad y trascendencia de los cuidados, la construcción de vínculos o la pertenencia.

10. Los pioneros de la arqueología prehistórica fueron hombres

Este tópico es más actual, no afecta a las mujeres y hombres de la prehistoria, sino a quienes hacen prehistoria. Es

sencillo pensar en nombres de grandes prehistoriadores desde Worsaae a Binford, de Cerralbo a Hodder, pero ¿mujeres? Parece más complicado, ¿no?

Las pioneras de la prehistoria han llamado menos la atención de la historiografía. Hasta las últimas décadas, la mayoría se encontraban ocultas en las familias de arqueólogos reconocidos (esposas, hermanas, madres), en fotografías, en correspondencia o en notas al pie de página.

Sin embargo, estar, estaban... Y contribuyeron al desarrollo de la disciplina desde sus orígenes hasta la actualidad en todos los ámbitos (logística de las excavaciones, trabajo de laboratorio, fotografiado y dibujo, transcripciones de información, museos, etc.), aunque con escaso o ningún reconocimiento.

Algunas de las más conocidas son Ana María de la Quadra Salcedo y sus trabajos punteros en yacimientos paleolíticos; Dorothy Garrod y su denominación del Natufiense; María Gimbutas y sus aportaciones a la cultura balcánica de los kurganes; o Encarnación Cabré Herreros con sus intervenciones en las necrópolis de la Edad del Hierro. Pero hay muchísimas más...

PARA REFLEXIONAR:

- Las personas de la prehistoria no veían ni entendían el mundo como lo hacemos hoy. Esto incluye tópicos, clichés o el valor que le atribuimos a artefactos y actividades.
- Los estereotipos simplifican la complejidad de las comunidades prehistóricas. Son más una manifestación de nuestros prejuicios y construcciones sociales que un reflejo de la prehistoria.
- Los roles de género no son estáticos ni universales. No todas las sociedades hacen lo mismo, reparten el trabajo del mismo modo o tienen la misma valoración social de materiales, actividades, tecnologías, etc.

- La mujer no fue una figura pasiva. Fue y es un agente activo sin el que no se puede entender la Historia.
- La arqueología y la ciencia son excelentes instrumentos para resituar el papel de las mujeres en la prehistoria.
- La investigación, la docencia y la transferencia del conocimiento son las mejores herramientas para combatir con estereotipos dañinos que perpetúan las desigualdades sociales que hoy vivimos.

PARA SABER MÁS:

- Coltofean, L.; Gaydarska, B. & Mati , U. (2021): *Gender stereotypes in archaeology*. Sidestone.
- Díaz Andreu, M.; Torres, O. & Zarzuela, P. (2022): *Voces in crescendo. Del mutismo a la afonía en la historia de las mujeres en la arqueología española*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Hernando, A. (2018) [2012]: *La fantasía de la individualidad: sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- PastWomen, *Historia material de las mujeres*: www.pastwomen.net
- Proyecto ArqueólogAs: <https://arqueologas.es/pioneras>
- Sánchez Romero, M. (2023): *Prehistorias de Mujeres*. Barcelona: Destino.
- Soler, B. (ed.) (2006): *Las mujeres en la prehistoria*. Valencia: Museu de Prehistòria de València.

COORDINACIÓN

Isabel Tajahuerce Ángel

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Sonia Santandreu Ferragut